INFINITICS

STAR WARS

RELATO CORTO

MÁS FUERTE QUE LA NOCHE

JEDI TRACE

Después de responder a una críptica llamada de auxilio, Mara Jade se ve envuelta en medio de una situación desesperada…

Más fuerte que la noche

Jedi Trace

Título original: *Stronger Than Night*

Autor: Jedi Trace

Arte de portada: tumblr_o4urvwVgO21v5pw3zo8_1280

Publicado originalmente en los foros de TheForce.net, y en FanFiction.net

Publicación del original: 2000

21 años después de la batalla de Yavin

Esta historia es fan-fiction, no forma parte oficial de la continuidad

Traducción: Darth Blindpath

Revisión: …

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

21.07.20

Base LSW v2.22

Declaración

Todo el trabajo de traducción, revisión y maquetación de este relato ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Star Wars y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de Lucasfilm Limited.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

CAPÍTULO I

La mañana rompió tranquilamente sobre la Academia Jedi, mientras la cálida luz del sol empezaba a revelar a un grupo de estudiantes dispersos, algunos embarcados en sus ejercicios, y otros, en sus meditaciones matutinas. A una corta distancia por detrás del campus principal, una gentil brisa peinaba las pálidas hojas de color verde de un veleidoso árbol, provocando que acariciasen la ventana de la habitación del departamento del Maestro.

En el interior, Luke Skywalker se revolvió debajo de las frazadas de la cama, deteniéndose tan sólo cuando su mano consiguió enredarse en el ligero y familiar cabello de textura satinada de su esposa. Ella permanecía acurrucada contra él, con la cabeza descansando sobre su hombro, mientras su abundante melena de color rojo-dorado, yacía extendida por encima de todo el pecho de Luke. Una sonrisa afloró en sus labios, saboreando aquel raro momento de tranquila intimidad.

Incorporándose lentamente, hasta hacer descansar todo su peso sobre uno de sus codos, Mara Jade Skywalker contempló a su marido con los ojos entrecerrados, como si se tratara de una visión borrosa.

—Es demasiado temprano para estar sonriendo.

Aproximándose hasta ella, Luke deslizó su mano por detrás del femenino cuello, e hizo que sus labios se acercaran hasta besar los suyos.

—Habla por ti —murmuró él.

Mara se dejó sumergir en medio del familiar abrazo, mientras las caricias de sus manos recorrían los tonificados músculos de los brazos y la espalda de su marido. Quizás demasiado pronto, un zumbido procedente del intercomunicador, les anunció que había un mensaje nuevo. Ella se dio la vuelta, y dejó en silencio la unidad de comunicación con un golpe de su mano.

—Es un mensaje de Cale[1]. Ha terminado de abastecer al *Sable*[2].

—¿Estás segura que debes marcharte? —le preguntó Luke—. Sólo has estado en casa por tres días.

—Lo sé, pero Jaina me pidió que la guiara en sus pruebas para ser promovida al nivel superior. Y eso sólo tomará una semana. Después de eso… vacaciones de fin de semestre —le sonrió.

Luke balanceó sus piernas hasta quedar sentado en su lado de la cama, e hizo correr una de sus manos por en medio de su rubio cabello de tonalidad arena.

—¿Tienes tiempo para comer algo primero?

En camino hacia el lavadero, ella le guiñó un ojo por encima del hombro:

---

[1] Cale Serasai era un humano que operaba en las afueras de Kinogila Town, en Lok, durante la época de la Guerra Civil Galáctica. N. del T.

[2] El *Sable de Jade* era una lanzadera modificada y personalizada que fue construida por Luke Skywalker como regalo para su esposa, Mara Jade Skywalker, poco después de su boda en el año 19 DBY. Él le entregó la nave, en reemplazo del *Fuego de Jade*, su nave anterior, que Jade Skywalker había sacrificado durante su misión al planeta Nirauan. N. del T.

—Siempre hay tiempo para eso, muchacho granjero.

Más tarde, aquella misma mañana, Luke ingresó a la carlinga del *Sable de Jade*, en donde Mara estaba terminando los cálculos finales.

—¿Todo listo?

—Casi —le respondió ella, dándose la vuelta para poner en línea la computadora de navegación.

—¿Estás segura de que no deseas llevar contigo a Artoo? —le preguntó.

—Lo estoy. Tú vas a necesitarlo cuando vengas a Coruscant. Ese Ala-X tuyo podría ser completamente desquiciante, si es uno no lo tiene a él como compañía.

Luke sonrió al momento en que ella lo conducía a la rampa de ingreso.

—Ten cuidado, ¿de acuerdo? —le dijo, tomándola de la mano.

Ella lo atrajo hacia sí, y lo abrazó fuertemente.

—Lo tendré —susurró. Luego, levantando la cabeza, lo besó cálidamente—. Te veo la próxima semana.

Dando algunos pasos hacia atrás, ella se volvió, y empezó a subir nuevamente por la rampa de la nave.

Elevándose sobre el firmamento de Yavin, Mara estabilizó las vibraciones que sacudían a la nave, mientras ésta atravesaba las capas superiores de la atmósfera del planeta. Verificó los cálculos en la computadora de navegación: quince minutos para realizar el salto. Reclinándose sobre el respaldo de cabeza de su asiento, empezó a contemplar las estrellas con detenimiento, y se vio recompensada con la gloriosa visión de un cometa errante. La cola de la estrella fugaz, desprendía relucientes destellos hasta donde alcanzaba la vista, dibujando un resplandeciente tapete de luz y de color.

No hacía mucho tiempo atrás en su vida, ni siquiera le hubiera dedicado una segunda mirada, pero las cosas eran diferentes ahora. Ella era diferente. El contemplar la vida a través de los ojos de Luke durante los últimos años, le había enseñado mucho acerca de la paz, y acerca del amor. Y justo durante ese último año, había llegado a comprender la importancia de valorar cada minuto.

Una luz parpadeante en el panel de comunicaciones, interrumpió sus reflexivos pensamientos. Inclinándose hacia adelante, le dio un golpecito a la tecla de acceso.

—Aquí el *Sable de Jade*.

—¿Capitana Jade? —le respondió con cierta rigidez, una voz que le era desconocida.

—Así es…

—Un momento, por favor.

Segundos más tarde, se vio saludada por una voz familiar:

—Mara, soy Karrde. Tu asistente me indicó que todavía podría alcanzarte. ¿Tienes un minuto?

Ella se relajó visiblemente, reclinándose hacia atrás en su asiento.

—Tengo nueve. ¿Quién era ése?

—Un chico nuevo. Mira, acabo de recibir una comunicación urgente. ¿Recuerdas el grupo contratista que intentó hacerse con nuestros servicios en Sluis Van[3] hace unos seis años atrás?

—¿Te refieres a esos piratas?

Talon Karrde resopló.

—Sí, a ellos. ¿Recuerdas que con ellos había un hombre joven llamado Daven?

Mara hizo una mueca.

—¿Cómo podría olvidarlo? El tipo pequeño con los ojos oscuros que no me quitaba la mirada de encima todo el tiempo.

Ella logró percibir el tono divertido en la voz de su ex-jefe.

—Ese mismo. Bueno, aparentemente lograste causar una gran impresión en él. —Adoptando una entonación más seria, Karrde continuó—: Se ha contactado conmigo, y me ha confiado que tiene importantes informaciones para la Nueva República, pero sólo quiere entregártelas a ti.

—¿Por qué a mí? ¿Y por qué se contactó contigo?

—Eso fue también lo que yo le pregunté. Él me dijo que una comunicación a través de mí, se vería menos sospechosa que una realizada directamente con la Academia Jedi, y que además, sabía que podía confiar en ti. El sujeto se oía muy aterrorizado. Aquí tengo un mensaje encriptado que él dijo que tú serías capaz de descifrar.

—Mira, Karrde, estoy de camino a Coruscant, y realmente no creo que pueda…

Mara contuvo el resto de sus palabras, mientras sentía una tenue ondulación en la Fuerza.

Ella solía llamarlas «pálpitos Jedi,» y como parte del adiestramiento que le había conferido Luke, había aprendido que no debían ser ignorados. Haciendo una mueca, continuó:

—De acuerdo, envíamelo. Pero no puedo prometerte nada.

—Te lo estoy enviando en este momento. Hazme saber en qué termina todo, ¿de acuerdo?

—Lo haré. ¿Cuánto te debo por tus servicios? —le preguntó.

—¿Deberme tú a mí? Ésta va por cuenta de la casa.

—¿Qué? —se mofó Mara—. No estarás ablandándote con el paso del tiempo, ¿no es verdad?

Karrde se echó a reír.

—No, en absoluto. Pero no le digas a nadie acerca de esto.

—Tu secreto está a salvo conmigo. *Sable,* fuera.

[3] Sluis Van: era el planeta primordial del Sector de Sluis, en los Territorios del Borde Exterior. Además, era el mundo natal de la raza de los sluissi, y el asentamiento de los famosos Astilleros Sluis Van. N. del T.

Mara tecleó para visualizar la transmisión, y una única palabra apareció sobre la pantalla: perania.

¿Perania?

Rebuscó en su memoria.

Cuando habían estado trabajando en Sluis Van, Daven le había comentado con respecto a la belleza de la flora local, y acerca de la perania en particular. Él había recogido una floración de color escarlata, y la había colocado sobre el transmisor de Mara, justo cuando ella no había estado mirando. Adivinando por donde iba el asunto, la Jedi digitó la palabra «escarlata», y en seguida se vio recompensada con el contenido del mensaje encubierto:

Mara Jade:

Te pido disculpas por la naturaleza perturbadora de este mensaje. Me he visto involucrado en una situación que se ha tornado peligrosa para mí, y para muchas otras personas. Requiero de la ayuda de la Nueva República, y confío en que puedas concertarla, sin implicarme en el proceso. No puedo transmitir esta clase de información por este medio. Por favor, encuéntrate conmigo en las coordenadas que figuran más abajo. Muchas personas inocentes van a morir si no logran recibir tu ayuda. Por favor, no te demores. Mi posición aquí es precaria, y temo por mi vida.

—Daven

Tan sólo le quedaba menos de un minuto para realizar el salto en dirección hacia Coruscant, pero algo en su interior le decía que la súplica de Daven no debía ser ignorada. Las coordenadas también se encontraban codificadas, así que no tenía forma de conocer su destino antes de dar el salto, sin duda, previendo el caso de que ella se decidiera a alertar a alguien acerca de su paradero.

Este tipo está realmente atemorizado.

Decidiendo que debía hacer una pausa, expandió su consciencia en busca de la Fuerza, y sintió… calma.

Respirando profundamente, copió las coordenadas y las introdujo en su computadora de navegación, decidida a enfrentarse a lo que sea que estuviese esperándola. Las estrellas se transformaron en franjas estelares, y de inmediato, se vio sumida en medio de la singularidad del hiperespacio.

*****

Un repique bastante agudo, procedente del panel de control, la sacó de su intranquilo sueño. Parpadeando para despejar sus ojos, verificó las coordenadas, y no pudo contener un gruñido.

No puede ser. De todos los peores lugares de la condenada galaxia…

Ni siquiera pudo terminar con el pensamiento. De repente, el *Sable* se sacudió violentamente, al tiempo que un inesperado torpedo hacía explosión contra el casco de su nave.

—¡Qué demonios…!

Levantando la mirada hacia la pantalla visora, empezó a jadear.

Un carguero, lo suficientemente grande como para ser una pequeña estación espacial, se encontraba sometido al ataque de una abigarrada armada, la cual parecía estar constituida por naves piratas, y por cazas de aspecto repulsivo.

Aparentemente, había salido del hiperespacio, en medio de una refriega. Antes de que pudiera completar una acción evasiva, otro impacto descomunal golpeó la parte posterior de la nave, lanzando a Mara contra la cubierta. Ella percibió un fuerte crujido bajo el cráneo, y luego… nada.

Sin una fuente de energía funcional, el *Sable* empezó a describir una descontrolada trayectoria en espiral, en dirección hacia la superficie del planeta.

CAPÍTULO II

Un dolor terebrante en la mitad inferior de la pierna derecha de Mara, la sacó de su nebuloso estado de estupor. Apoyándose lentamente sobre sus rodillas, aferró abruptamente su palpitante cabeza, y de manera instintiva, intentó hacerse una con la Fuerza —en busca de equilibrio—, pero ésta permanecía siendo elusiva. Separando su mano del enmarañado cabello cubierto de sangre, se limpió la palma sobre sus pantalones, y se reclinó sobre la consola, para intentar evaluar la situación en la que se encontraba.

El *Sable* estaba lateralizado de manera pronunciada hacia el lado de babor, con lo que parecía ser un gran tronco de árbol que hubiera logrado atravesar su casco, y que llegaba hasta el asiento del co-piloto. Moviéndose lentamente para no lastimar más uno de sus tobillos, el cual se veía muy hinchado, realizó algunos acrobáticos desplazamientos a través de la destrozada cabina, y liberó manualmente la rampa de escape; la compuerta cayó pesadamente hasta quedar colgando en un ángulo de 45 grados, deteniéndose a tres metros por encima de la superficie del suelo. Sus recuerdos con respecto a las coordenadas justo antes del choque, le recordaron que no debía intentar saltar. Deslizándose sobre la rampa, hizo una pausa al pie de la misma, y se quedó mirando los árboles. Sabía lo que iba a hallar, incluso antes de lanzar aquella oteada exploratoria —unos ojos pequeños y brillantes le devolvieron la mirada: los ojos de unos gráciles animales pequeños, con cuerpos de color gris y marrón—. Ysalamiri[4]. Estaba en Myrkr[5].

—¡Shavit[6]! —soltó la feroz imprecación, deslizándose hasta quedar sentada sobre el borde de la rampa. Retrayendo su pierna derecha para retirar la bota, empezó a inspeccionar el tobillo lastimado. Estaba hinchado, pero no estaba roto. Un poco de supresión del dolor hubiera sido algo agradable, pero sabía que tendría que conformarse con un vendaje de inmovilización.

Regresando a través de la cabina, enderezó su asiento lo mejor que pudo, y se sentó en él para empezar con la evaluación de los daños. El hiperimpulsor y los repulsores habían sido dañados, y los canales de comunicación estaban fuera de línea, pero posiblemente podrían ser reparadas. Las cartas de navegación se veían difuminadas o estaban revueltas, otra perla adicional de este kriffing[7] planeta, pero calculaba que se encontraba a tan sólo algunos kilómetros del punto de reunión convenido con Daven.

---

[4] Ysalamir: criaturas peludas de cuatro ojos con forma de lagarto, de aproximadamente 50 cm de longitud, nativos del planeta Myrkr, conocidos por su habilidad de repeler la Fuerza, pudiendo crear una burbuja neutral para la Fuerza. El Gran Almirante Thrwan poseía dos esculturas de ellos en su despacho a bordo del Quimera, colocadas justo detrás de su escritorio. N. del T.

[5] Myrkr: planeta solitario localizado en el Borde Interior, a unos 150 años luz de distancia de Obroa-Skai, y que orbitaba alrededor de su sol anaranjado en un período de 324 días locales. Había estado notablemente habitado durante unos 300 años, en la época de la Antigua República, pero el conflicto producido en las Guerras Clon con los Secesionistas, y la posterior Guerra Civil Galáctica, provocaron la muerte o la evacuación de la mayoría de sus habitantes. N. del T.

[6] Shavit: improperio empleado por los granjeros de Pakrik Minor. Su traducción aproximada es «heces». N. del T.

[7] Kriffing: adjetivo despectivo. N. del T.

Será mejor que tenga un transporte rápido —pensó con amargura, mientras empezaba a acopiar una mochila con suministros de supervivencia—. *Y espero que todo esto, realmente valga la pena.*

Dos horas más tarde, se detuvo para ingerir un sorbo de agua, y comer una barra de racionamiento. Descansando sobre el tocón de un árbol, y deseando por vez milésima que Luke estuviera allí, ajustó el vendaje que sostenía su tobillo. Levantando la mirada hacia los árboles, recordó la primera vez que había conocido a Luke, y la subsecuente travesía a través de ese bosque. Probablemente, él hallaría algo divertido en todo esto, e incluso encontraría alguna razón para que ella tuviera que disfrazarse con esas hojas que habían hecho que se hinchara todo, y que le picase el cuerpo entero. Suprimiendo una sonrisa irónica, se preguntó si podría encontrar alguno de aquellos arbustos, para llevarlo a casa como un souvenir para su marido.

Un grito agudo sacó a Mara de sus ensoñaciones. Guardando la botella de agua nuevamente en su mochila de suministros, empezó a trotar hacia los linderos del bosque, ignorando las protestas de su tobillo.

Un pequeño niño que tenía una apariencia humanoide, se encontraba gritando en el otro extremo de una amplia cañada. Se hallaba petrificado por el terror, mientras una mujer apenas un poco más alta, corría en dirección hacia él, haciendo gestos frenéticos con los brazos. Mara siguió la dirección de la mirada del pequeño, y logró distinguir a dos feroces vornskrs[8] agazapados en el extremo norte de la cañada, con las colas azotando de un lado al otro, anticipando la comida que pretendían consumir. Los vornskrs cargaron hacia adelante en persecución del muchacho, al tiempo que éste les daba la espalda, y empezaba a correr hacia la mujer. Definitivamente, no iba a conseguirlo.

Mara inició una carrera mortal, gritando para llamar la atención de los predadores. Llegó hasta donde ellos, justo cuando estaban a punto de dar el salto definitivo, interponiéndose entre ellos y el pequeño.

—Por aquí, chicos —los incitó.

Ambos gruñeron apoyados sobre sus ancas, y empezaron a separarse, preparándose para atacarla desde dos lados diferentes.

—Son listos —murmuró Mara, ahora con el sable de luz encendido entre sus manos.

Como si hubieran recibido una señal, los vornskrs cayeron sobre ella desde ambos costados. La hoja de color blanco azulado de su sable de luz, se deslizó limpiamente a través del cuerpo de uno de ellos, mientras, al mismo tiempo, Mara caía sobre una de sus rodillas, y se agachaba, dejando pasar al otro por encima de sí. Volviendo a incorporarse,

[8] Vornskrs: bestias caninas que podían cazar empleando la Fuerza, nativos del planeta Myrkr. Su habilidad había evolucionado para poder cazar a los ysalamiri, pero un efecto colateral de la misma, ocasionaba que pensaran que todos los seres sensibles a la Fuerza, podían ser sus presas, incluyendo a los Jedi. N. del T.

salió al encuentro directo de la segunda bestia, empalándola por el pecho. Casi fue arrojada al piso bajo el enorme peso del animal, pero dando un salto mortal hacia atrás, lo pateó con ambas piernas, y rodó hasta quedar apoyada sobre sus rodillas.

—Pero no lo suficientemente listos —concluyó, apagando el haz de su arma.

Se puso de pie, y se volvió en dirección hacia la mujer y el niño.

—¿Se encuentran bien?

Todavía temblorosa, la mujer le hizo una venia a Mara, y le contestó en un lenguaje que a ella no le resultaba familiar, al tiempo que se arrodillaba para abrazar al niño. La mujer era mucho más baja que Mara, su estatura debía estar ligeramente por encima del metro de altura, y tanto ella como el niño, eran delgados y agraciados, tenían la piel de color bronceado, ojos oscuros, y el negro cabello suelto sin ninguna clase de amarras.

—¿Hablan *básico*? —les preguntó Mara, deletreando las sílabas.

La mujer se limitó a responderle con un movimiento de su mano, indicándole a Mara que los siguiera.

Al momento de llegar a aquel asentamiento primitivo, Mara se puso en cuclillas para ajustar el vendaje alrededor de su tobillo, mientras varios de los nativos de piel bronceada, corrían frenéticamente en dirección hacia ellos.

Señalando a Mara, hablaban fervientemente con su guía. La mujer se volteó, y le indicó a Mara que la siguiera —de manera urgente—, hacia una de las cabañas. Justo en el momento en que habían llegado a un pequeño cobertizo, Mara escuchó algunas voces hostiles, y volteó para contemplar la silueta de un desvencijado carguero, asentado justo sobre el borde del poblado. Diversos personajes de aspecto sórdido, se reían de manera estruendosa, mientras introducían grandes contenedores al interior de la bahía de carga de la nave. Mara sintió un empellón que la urgía a introducirse más profundamente en la cabaña. No necesitó de la Fuerza para percibir el miedo que emanaba de los frágiles nativos que la rodeaban.

Agazapada en una esquina, y cubierta con algunas mantas tejidas a mano, Mara eventualmente escuchó el despegue de la nave, y su potente aceleración que hizo que terminara alejándose. Las mantas fueron echadas a un lado, y se encontró cara a cara con el niño de la cañada. El muchacho le sonrió, y colocó la palma de su mano, primero contra su propia mejilla, y luego contra la de Mara.

Se trata de alguna clase de saludo, asumió Mara, y le devolvió el gesto.

El muchacho se echó a reír, y corrió hacia fuera de la puerta, mientras la mujer que había conocido más temprano, ingresaba más calmada en el cobertizo.

—Estoy buscando a alguien como yo —dijo Mara, pronunciando lentamente las palabras.

La mujer frunció el ceño.

Señalándose a sí misma, Mara lo intentó una vez más.

—Un humano como yo. Un varón. ¿Lo has visto?

Un destello de comprensión atravesó el rostro de la mujer. Tomando a Mara por la mano, la condujo hacia las afueras de la cabaña.

Caminaron hasta los límites del asentamiento, y continuaron por el bosque, hasta que llegaron a un claro que había sido producido por una nave que se veía totalmente achicharrada. Caminando por encima de los escombros, la mujer la condujo hacia donde había estado la rampa de ingreso de pasajeros, y se detuvo.

Los labios de Mara se estrecharon formando una adusta línea severa. Exánime, recostado sobre el suelo, con el agujero producido por el certero disparo de su verdugo sobre su frente, se encontraba su contacto, Daven.

CAPÍTULO II

Un dolor terebrante en la mitad inferior de la pierna derecha de Mara, la sacó de su nebuloso estado de estupor. Apoyándose lentamente sobre sus rodillas, aferró abruptamente su palpitante cabeza, y de manera instintiva, intentó hacerse una con la Fuerza —en busca de equilibrio—, pero ésta permanecía siendo elusiva. Separando su mano del enmarañado cabello cubierto de sangre, se limpió la palma sobre sus pantalones, y se reclinó sobre la consola, para intentar evaluar la situación en la que se encontraba.

El *Sable* estaba lateralizado de manera pronunciada hacia el lado de babor, con lo que parecía ser un gran tronco de árbol que hubiera logrado atravesar su casco, y que llegaba hasta el asiento del co-piloto. Moviéndose lentamente para no lastimar más uno de sus tobillos, el cual se veía muy hinchado, realizó algunos acrobáticos desplazamientos a través de la destrozada cabina, y liberó manualmente la rampa de escape; la compuerta cayó pesadamente hasta quedar colgando en un ángulo de 45 grados, deteniéndose a tres metros por encima de la superficie del suelo. Sus recuerdos con respecto a las coordenadas justo antes del choque, le recordaron que no debía intentar saltar. Deslizándose sobre la rampa, hizo una pausa al pie de la misma, y se quedó mirando los árboles. Sabía lo que iba a hallar, incluso antes de lanzar aquella oteada exploratoria —unos ojos pequeños y brillantes le devolvieron la mirada: los ojos de unos gráciles animales pequeños, con cuerpos de color gris y marrón—. Ysalamiri[4]. Estaba en Myrkr[5].

—¡Shavit[6]! —soltó la feroz imprecación, deslizándose hasta quedar sentada sobre el borde de la rampa. Retrayendo su pierna derecha para retirar la bota, empezó a inspeccionar el tobillo lastimado. Estaba hinchado, pero no estaba roto. Un poco de supresión del dolor hubiera sido algo agradable, pero sabía que tendría que conformarse con un vendaje de inmovilización.

Regresando a través de la cabina, enderezó su asiento lo mejor que pudo, y se sentó en él para empezar con la evaluación de los daños. El hiperimpulsor y los repulsores habían sido dañados, y los canales de comunicación estaban fuera de línea, pero posiblemente podrían ser reparadas. Las cartas de navegación se veían difuminadas o estaban revueltas, otra perla adicional de este kriffing[7] planeta, pero calculaba que se encontraba a tan sólo algunos kilómetros del punto de reunión convenido con Daven.

Será mejor que tenga un transporte rápido —pensó con amargura, mientras empezaba a acopiar una mochila con suministros de supervivencia—. *Y espero que todo esto, realmente valga la pena.*

Dos horas más tarde, se detuvo para ingerir un sorbo de agua, y comer una barra de racionamiento. Descansando sobre el tocón de un árbol, y deseando por vez milésima que Luke estuviera allí, ajustó el vendaje que sostenía su tobillo. Levantando la mirada hacia

los árboles, recordó la primera vez que había conocido a Luke, y la subsecuente travesía a través de ese bosque. Probablemente, él hallaría algo divertido en todo esto, e incluso encontraría alguna razón para que ella tuviera que disfrazarse con esas hojas que habían hecho que se hinchara todo, y que le picase el cuerpo entero. Suprimiendo una sonrisa irónica, se preguntó si podría encontrar alguno de aquellos arbustos, para llevarlo a casa como un souvenir para su marido.

Un grito agudo sacó a Mara de sus ensoñaciones. Guardando la botella de agua nuevamente en su mochila de suministros, empezó a trotar hacia los linderos del bosque, ignorando las protestas de su tobillo.

Un pequeño niño que tenía una apariencia humanoide, se encontraba gritando en el otro extremo de una amplia cañada. Se hallaba petrificado por el terror, mientras una mujer apenas un poco más alta, corría en dirección hacia él, haciendo gestos frenéticos con los brazos. Mara siguió la dirección de la mirada del pequeño, y logró distinguir a dos feroces vornskrs[8] agazapados en el extremo norte de la cañada, con las colas azotando de un lado al otro, anticipando la comida que pretendían consumir. Los vornskrs cargaron hacia adelante en persecución del muchacho, al tiempo que éste les daba la espalda, y empezaba a correr hacia la mujer. Definitivamente, no iba a conseguirlo.

Mara inició una carrera mortal, gritando para llamar la atención de los predadores. Llegó hasta donde ellos, justo cuando estaban a punto de dar el salto definitivo, interponiéndose entre ellos y el pequeño.

—Por aquí, chicos —los incitó.

Ambos gruñeron apoyados sobre sus ancas, y empezaron a separarse, preparándose para atacarla desde dos lados diferentes.

—Son listos —murmuró Mara, ahora con el sable de luz encendido entre sus manos.

Como si hubieran recibido una señal, los vornskrs cayeron sobre ella desde ambos costados. La hoja de color blanco azulado de su sable de luz, se deslizó limpiamente a través del cuerpo de uno de ellos, mientras, al mismo tiempo, Mara caía sobre una de sus rodillas, y se agachaba, dejando pasar al otro por encima de sí. Volviendo a incorporarse, salió al encuentro directo de la segunda bestia, empalándola por el pecho. Casi fue arrojada al piso bajo el enorme peso del animal, pero dando un salto mortal hacia atrás, lo pateó con ambas piernas, y rodó hasta quedar apoyada sobre sus rodillas.

—Pero no lo suficientemente listos —concluyó, apagando el haz de su arma.

Se puso de pie, y se volvió en dirección hacia la mujer y el niño.

—¿Se encuentran bien?

Todavía temblorosa, la mujer le hizo una venia a Mara, y le contestó en un lenguaje que a ella no le resultaba familiar, al tiempo que se arrodillaba para abrazar al niño. La mujer era mucho más baja que Mara, su estatura debía estar ligeramente por encima del metro de altura, y tanto ella como el niño, eran delgados y agraciados, tenían la piel de color bronceado, ojos oscuros, y el negro cabello suelto sin ninguna clase de amarras.

—¿Hablan *básico*? —les preguntó Mara, deletreando las sílabas.

La mujer se limitó a responderle con un movimiento de su mano, indicándole a Mara que los siguiera.

Al momento de llegar a aquel asentamiento primitivo, Mara se puso en cuclillas para ajustar el vendaje alrededor de su tobillo, mientras varios de los nativos de piel bronceada, corrían frenéticamente en dirección hacia ellos.

Señalando a Mara, hablaban fervientemente con su guía. La mujer se volteó, y le indicó a Mara que la siguiera —de manera urgente—, hacia una de las cabañas. Justo en el momento en que habían llegado a un pequeño cobertizo, Mara escuchó algunas voces hostiles, y volteó para contemplar la silueta de un desvencijado carguero, asentado justo sobre el borde del poblado. Diversos personajes de aspecto sórdido, se reían de manera estruendosa, mientras introducían grandes contenedores al interior de la bahía de carga de la nave. Mara sintió un empellón que la urgía a introducirse más profundamente en la cabaña. No necesitó de la Fuerza para percibir el miedo que emanaba de los frágiles nativos que la rodeaban.

Agazapada en una esquina, y cubierta con algunas mantas tejidas a mano, Mara eventualmente escuchó el despegue de la nave, y su potente aceleración que hizo que terminara alejándose. Las mantas fueron echadas a un lado, y se encontró cara a cara con el niño de la cañada. El muchacho le sonrió, y colocó la palma de su mano, primero contra su propia mejilla, y luego contra la de Mara.

Se trata de alguna clase de saludo, asumió Mara, y le devolvió el gesto.

El muchacho se echó a reír, y corrió hacia fuera de la puerta, mientras la mujer que había conocido más temprano, ingresaba más calmada en el cobertizo.

—Estoy buscando a alguien como yo —dijo Mara, pronunciando lentamente las palabras.

La mujer frunció el ceño.

Señalándose a sí misma, Mara lo intentó una vez más.

—Un humano como yo. Un varón. ¿Lo has visto?

Un destello de comprensión atravesó el rostro de la mujer. Tomando a Mara por la mano, la condujo hacia las afueras de la cabaña.

Caminaron hasta los límites del asentamiento, y continuaron por el bosque, hasta que llegaron a un claro que había sido producido por una nave que se veía totalmente achicharrada. Caminando por encima de los escombros, la mujer la condujo hacia donde había estado la rampa de ingreso de pasajeros, y se detuvo.

Los labios de Mara se estrecharon formando una adusta línea severa. Exánime, recostado sobre el suelo, con el agujero producido por el certero disparo de su verdugo sobre su frente, se encontraba su contacto, Daven.

CAPÍTULO III

Frente al repique del intercomunicador de la puerta, Leia recorrió el camino hasta la entrada de su departamento, en Coruscant, y oprimió el conmutador de ingreso.

—¡Luke! —exclamó sonriendo, y abrazó afectuosamente a su hermano—. Entonces, lograste recibir nuestro mensaje. Espero que no te hayamos puesto en apuros, por el poco tiempo con el que te lo enviamos.

Luke la besó en la mejilla, y frunció el ceño, confundido:

—¿A qué te refieres?

—¡Hey chico! Lograste hacerlo —dijo Han apareciendo desde el interior de la cocina, y de inmediato palmeó a Luke en la espalda—. ¿Cómo estuvo el viaje?

—Estuvo bien —le respondió Luke, haciendo pasar a Artoo a través de la puerta—. ¿Qué mensaje?

Leia le hizo una caricia a Artoo, al tiempo que el droide iba ingresando al ambiente del recibidor.

—El de que te reunieras con nosotros aquí, en lugar del Templo. Los chicos están por llegar, y pensé que podríamos compartir una cena en familia…

Con curiosidad, Leia echó una mirada hacia el corredor.

—¿En dónde está Mara?

Luke los miró a ambos con detenimiento:

—No recibí ningún mensaje. Vine porque Mara no estaba en el Templo, ni en el departamento, y pensé que podría estar aquí.

Han y Leia intercambiaron una mirada de preocupación. Luke continuó:

—Partió hace casi una semana para encontrarse aquí con Jaina, y para ayudar a Tionne[9] a preparar la ceremonia de graduación.

Leia sacudió su cabeza.

—No la hemos visto, Luke. Estuvimos esperándola, pero como no llegó, asumimos que debía haber pasado algo, y que llegaría junto contigo.

Luke tragó un bolo de saliva, intentando luchar contra el serpenteante miedo que había empezado a trepar como una enredadera alrededor de su mente.

—¿Puedo usar tu terminal de comunicaciones? —le preguntó.

—Por supuesto —le respondió Leia.

Cruzando la habitación en dirección hacia la consola, Luke activó el canal directo de Leia con la Academia.

—Necesito hablar con Cale.

Un momento después, la pequeña imagen holográfica apareció en el dispositivo, haciendo una inclinación desde el nivel de la cintura.

—Maestro Skywalker.

[9] Tionne Solusar era una humanoide del planeta Rindao, que se convirtió en Maestra Jedi. Siendo una erudita en la historia de los Jedi, Tionne fue una de las primeras discípulas de la Nueva Orden Jedi de Luke Skywalker, y fue responsable casi por completo, de recolectar el conocimiento perdido de la Antigua Orden Jedi. N. del T.

Luke no perdió el tiempo en formalidades.

—Cale, ¿has sabido algo de Mara?

Cale se veía sorprendido.

—No, Maestro, no desde que ella partió la semana pasada. ¿Debería haberme enterado de alguna cosa?

Luke frunció el ceño.

—Ella nunca llegó a su destino, y tampoco nadie ha escuchado nada de ella desde ese momento. ¿Estás seguro de que no se ha puesto en contacto con nadie más allí?

—Déjeme verificarlo, señor.

Se produjo una pausa, mientras Cale consultaba los registros de las comunicaciones.

—No, Maestro. Su código de identificación no aparece en ningún mensaje cifrado, ni tampoco hemos recibido ninguna transmisión suya por canales menos seguros, desde el momento en que ella efectuó su última comunicación con el *Wild Karrde*…

—¿Con el *Wild Karrde*? ¿Cuándo fue eso?

Incluso a través de las brumosas interferencias del holograma, todos notaron que el rostro de Cale se había puesto pálido.

—Perdóneme, Maestro. No pensé que fuera algo importante. El capitán del *Wild Karrde* envió una transmisión preguntando por la Jedi Jade Skywalker, poco después de que ella despegara. Yo le dije que acababa de partir, y que quizás podría ponerse en contacto con ella… —sus labios dejaron sin terminar la frase, mientras que al mismo tiempo, agachaba penosamente la cabeza—. Lo siento, Maestro. Le he fallado.

—No —le respondió Luke con una deliberada calma—. No, no lo has hecho. Estoy seguro que no se trata de nada importante. Voy a contactar al *Wild Karrde*, y averiguaré a dónde fue Mara. Gracias, Cale.

El holograma hizo una nueva venia, y comenzó a desvanecerse.

Por un momento, Luke siguió contemplando la placa de holo-proyección que había quedado vacía.

—Leia, ¿puedes hacerme un favor? Ubica a Talon Karrde.

Muy temprano, la siguiente mañana, Leia llegó al departamento de Luke, tan sólo para encontrarlo sentado en una silla, delante del ventanal principal que daba a la ciudad. Su cama no estaba deshecha, y su bolsa de viaje estaba a su lado, sin la menor señal de haber sido abierta.

Tomando una silla de manera delicada, se sentó a su lado.

—¿Lograste hablar con Karrde?

Él asintió, con los ojos fijos en algún punto cercano al horizonte.

—Él tampoco sabe en dónde está. Karrde recibió un mensaje de un antiguo asociado de ambos, y convino en re-enviárselo a Mara. Pero Talon no tiene idea acerca de qué se trataba el asunto.

—¿Sabe quién era el remitente? —le preguntó suavemente su hermana.

—Sí —Luke continuó hablando sin la menor entonación—, pero Karrde no sabe en dónde se encuentra él en estos momentos, ni tampoco conoce la manera de contactarlo, por lo menos, todavía no. Ya tiene a su gente trabajando en ello.

Luke engulló un bolo de saliva, intentando aclarar su voz destemplada.

—Ella no haría nada de esto, Leia. Ella nunca se marcharía de esta forma, sin antes darme aviso.

—Lo sé, Luke —ella le tomó de la mano—. Estoy segura de que Mara estará pronto con nosotros.

Él sacudió su cabeza de forma cansina.

—Tú no lo entiendes. No puedo *sentirla*. He estado aquí, meditando y tratando de hallarla toda la noche. No puedo encontrar su presencia… en la Fuerza.

Leia estudió el perfil de su mellizo, intentando tranquilizarse frente al dolor que veía reflejado en su rostro.

—Quizás tan sólo se encuentre inconsciente, o…

Leia no se atrevió a terminar la frase.

Luke se volvió hacia su hermana, con los ojos enrojecidos.

—Eso es lo que me estoy temiendo.

CAPÍTULO IV

Mara gimió, y se dio la vuelta, apoyándose sobre la incómoda superficie de aquel jergón. Completamente empapada por un sudor frío, y tambaleándose al sentirse de pronto invadida por un repentino ataque de náuseas, se incorporó lentamente, y salió de la pequeña cabaña en medio de la menguante oscuridad previa al amanecer. Llegando hasta la parte superior de una colina cercana —la cual daba a un sombrío lago cristalino—, se dejó caer sobre la hierba, respirando trabajosamente, hasta que aquella enfermiza sensación empezó a desvanecerse.

Levantó la mirada hacia las estrellas, sintiéndose invadida por la nostalgia. Habían transcurrido casi tres meses desde que su nave se había estrellado, y no había visto ninguna otra forma de vida diferente a la de las silvestres criaturas forestales, o a los nativos que la habían acogido en su poblado.

Ellos se denominaban a sí mismos, los beresse. A estas alturas, Mara ya había aprendido lo suficiente de su idioma como para poder comunicarse con ellos. La mujer que había conocido el primer día, durante el ataque de los vornskrs, era la matriarca del clan, y el niño pequeño, Miti, era su nieto. Sorada, la matriarca, hablaba un poco de *básico*, y al inicio había tenido miedo de que Mara fuese una de los «*ladrones*». De manera inadvertida, Mara había logrado ganarse una gran consideración por su parte —y por parte de los otros líderes de la población—, al haber salvado a Miti, y como muestra de gratitud, ellos la habían escondido de los verdaderos *ladrones*, aquel día en esa cabaña.

Los beresse eran una raza sencilla de labradores, que habían vivido por cientos de años, manteniendo una relación simbiótica con los «*comerciantes*». La planta «*chusa*» era originaria de esa parte del planeta, y era la fuente de alimentación fundamental para todo el clan. Sus hojas y sus frijoles eran cultivados en cada ciclo lunar, y terminaban siendo almacenados en enormes graneros. Sin embargo, los «*comerciantes*» sólo estaban interesados en las raíces de la planta. Los beresse hacían desarrollar y cultivaban la cosecha de chusa, pero además secaban y almacenaban las raíces de las plantas en grandes contenedores. Los comerciantes llegaban al final de cada ciclo, e intercambiaban las raíces por especias, carnes, medicamentos, y un acelerador de crecimiento para la siguiente cosecha.

Intrigada por dicha relación, a Mara se le facilitó una pequeña porción de la raíz de chusa para que pudiera probarla. Casi de inmediato, se sintió abrumada por la más vertiginosa sensación de euforia que jamás hubiese experimentado. Después de algunas pocas horas, su mente terminó de aclararse, y recordó que había evidenciado aquel fenómeno en cierta ocasión con anterioridad. Había sido cuando se encontraba habitando el Palacio Imperial, y la droga era denominada *kuussa* por parte de los cortesanos. Era bastante cara, y altamente ilegal, incluso en los días del Imperio. Presuntamente, la fuente de la adictiva droga nunca había sido descubierta. Y aunque se habían realizado diversos

intentos por producir un análogo sintético, la industria de estupefacientes, nunca había sido capaz de emular los efectos del artículo genuino.

A lo largo del tiempo, la presión externa por producir más y más raíces, había empezado a interferir con las actividades de caza y recolección necesarias para la supervivencia del clan. En lugar de ayudarlos en las actividades de cultivo, los comerciantes habían convencido a los líderes del clan para que destinaran toda su fuerza de trabajo a las labores del campo, y a cambio, ellos suplirían todas las demás necesidades de la colonia. Los beresse eran insensibles a los efectos de la droga, y no se daban cuenta de la explotación a la que estaba siendo sometida su cultura. Lo único que sabían, era que los comerciantes humanos se encontraban complacidos cuando les entregaban importantes cantidades cosechadas, y que les retribuían generosamente el esfuerzo, con prendas y bienes que ellos jamás podrían ser capaces de producir por sí mismos.

Y luego, habían hecho su aparición los ladrones.

Mara asumía que se trataba de una pandilla de piratas, los cuales de alguna forma, habían conseguido descubrir la celosamente guardada localización de la fuente de producción de la planta chusa. Ellos habían llegado con un gran contingente, llevando a cabo el pillaje de casas y graneros, tomando cautivos, y despojando de todo, a los humildes campesinos. Ellos no sólo habían robado los acopios existentes de las raíces, sino que también se habían apoderado de las cosechas de hojas y frijoles.

Los líderes del clan habían estado escrutando el firmamento de manera ansiosa, en busca de los comerciantes, de quienes estaban seguros que les prestarían su ayuda, pero esta vez, ellos no se presentaron.

Ahora, los beresse vivían con el miedo de esperar el momento en que quisieran regresar los ladrones.

Mara había completado su salto desde el hiperespacio, hacia el interior del sistema, justo durante una batalla que estaba siendo librada entre los ladrones y los comerciantes, pero no había logrado reconocer a ninguna de las naves piratas, como integrantes del grupo con el que habían mantenido negocios en Sluis Van.

Incluso tomando en cuenta el poco tiempo que lo había conocido, estaba segura de que Daven jamás hubiera participado de manera voluntaria en semejantes actos de brutalidad; era obvio que se había visto involucrado con la organización equivocada. Debió haberse dado cuenta de todo lo que aquella insana devastación provocaría en una raza tan delicada, y había decidido contactar secretamente a Mara.

Sin embargo, no fue lo suficientemente cuidadoso, pensó ella, contemplando la tumba en la que había ayudado a los beresse a enterrar sus restos.

Durante las primeras semanas que había estado allí, Mara se había pasado la mayor parte del tiempo rescatando lo que podía serle útil de la nave de Daven, para intentar hacer algunas necesarias reparaciones en el *Sable*. Definitivamente, Luke estaría preocupado, y ella intentaba, de forma repetida, poner en funcionamiento el sistema de comunicaciones, pero nunca pudo conseguir que el equipo estuviese bien calibrado,

debido al alto contenido metálico, y al consecuente campo magnético, producido por los árboles circundantes.

Fue en ese momento en que Sorada se aproximó hasta ella tímidamente, y le preguntó si deseaba algo de comer.

Mara sabía que los beresse estaban quedándose sin reservas de alimentos. Los ladrones habían llegado justo después de la cosecha, y sin la menor consideración, habían dañado un gran porcentaje de los plantones en crecimiento, al aterrizar sus naves directamente sobre los preciados campos de cultivo. Habían transcurrido décadas desde que el clan se hubiera dedicado exclusivamente a cultivar las plantaciones de chusa, y ya no disponían de otras alternativas para su consumo propio.

Mara dejó escapar un suspiro, mientras retraía sus rodillas contra su pecho. Había asumido la responsabilidad de enseñarles a los hombres del clan, la forma de cazar y de encontrar otras fuentes de nutrimento en el bosque, pero la situación no hacía más que empeorar con cada día que pasaba. Los cultivos alternativos estaban desarrollándose de una forma demasiado lenta en aquel suelo dañado, y además en aquel momento, una extraña enfermedad —sin duda traída por los piratas—, estaba empezando a diseminarse entre los integrantes de la tribu.

Una nueva oleada de náuseas arreció por sobre todo su cuerpo, y Mara bajó la frente, hasta dejarla descansando sobre sus rodillas. Respirando lentamente una vez más, inhalando por la nariz, y espirando por la boca, sorteó la extenuante oleada, hasta que ésta hubo desaparecido.

Sorprendida al sentir una pequeña mano sobre uno de sus hombros, Mara levantó la mirada para ver a Miti de pie al lado de ella. El muchacho se veía preocupado, por lo que Mara le sonrió para reconfortarlo; luego, colocó su palma sobre su mejilla, y luego sobre la mejilla del pequeño.

El niño se sentó junto a ella, y Mara bajó sus piernas, de manera que Miti pudiera descansar su cabeza sobre su regazo. Los ladrones se habían llevado como cautiva a su madre, y el chico se había vuelto completamente apegado a ella. De manera delicada, empezó a acariciar su sedoso y largo cabello de color negro, mientras el muchacho volvía a quedarse dormido.

El cielo acababa de empezar a iluminarse por el horizonte, y pronto podrían contemplar el amanecer de un nuevo día.

Mara se imaginó a su marido, contemplando el amanecer de quién sabe qué extraño mundo, mientras continuaba incansablemente con su búsqueda de ella.

—Oh Luke —susurró Mara—, sé que no puedes escucharme, pero no quiero ni imaginarme lo que puedas estar pensando.

Un nudo se apoderó de su garganta al momento de pensar en él.

—Pero me encuentro bien. Y voy a hallar una manera de regresar a casa. Te lo prometo…

CAPÍTULO V

Dos meses más tarde

Mara caminaba penosamente por el bosque, acarreando un pesado odre relleno de agua por tercera vez en ese día, sintiendo que cada paso se le hacía más pesado que el anterior. Exhausta, se dejó caer pesadamente contra el tronco de un árbol, deslizándose de manera penosa por su superficie, para recuperar algo de aliento. Casi la mitad de la colonia había caído enferma con la misteriosa fiebre, y tan sólo la noche anterior, habían enterrado al primero de lo que temía, sería una larga lista de decesos. Levantando una mano, empezó a masajearse las sienes. Un delicado aleteo en su abdomen llamó su atención.

—Todo está bien —susurró—. Todo va a estar bien.

Las cosas son diferentes esta vez —pensó—. *No será como la última vez.*

Los penosos recuerdos de aquella noche, fluyeron al interior de su mente como las oleadas de un incontrolable y devastador maremoto.

Ahora, ya casi había transcurrido un año…

Luke se encontraba recostado a su lado, en la cama de su departamento en Coruscant. Ella se encontraba embarazada de cuatro meses.

—Ya sé —se volvió para mirar a Luke—. Si es un varón, lo llamaremos como Karrde, ya que él es en parte responsable de que nosotros estemos juntos. Será Talon Skywalker.

Luke se echó a reír ruidosamente.

—No lo creo. En verdad, fue el Niño de los Vientos[10] el que me hizo empezar a pensar en qué era lo que sentía con respecto a ti.

—Ahí lo tienes —dijo ella—. Lo llamaremos «Niño o Niña de los Jedi».

Riendo, ambos se abrazaron, y después se quedaron quietos. Mara se notaba pensativa.

—¿Cuándo fue eso?

Luke hizo una pausa, y sonrió.

—Fue después de que te puse en ese trance de sanación. Niño de los Vientos se refirió a ti como si fueras mi «amada compañera». Al principio, yo pensé que había recibido demasiados golpes en el pico, pero mientras más pensaba en ello, más llegaba a comprender que se trataba de algo cierto —se encogió de hombros, y se quedó contemplándola—. ¿Y qué hay de ti?

[10] Niño de los Vientos: era un macho qom qae, hijo del *bargainer* Cazador de los Vientos. El Niño de los Vientos ayudó a Luke Skywalker a encontrar a Mara Jade, y posteriormente les ayudó durante su infiltración en la *Mano de Thrawn*. N. del T.

—Hmmm —le confesó Mara suspirando—. Fue en la caverna, mientras estábamos combatiendo a los centinelas. Nunca había sentido nada como eso con anterioridad.

Miró profundamente a los azules ojos de Luke:

—Y estoy segura de que jamás quisiera sentirlo con nadie más.

Luke extendió su mano, y le acarició la mejilla.

—Si tenemos una niña —susurró—, espero que sea igual a ti.

Mara sonrió:

—Sólo si es que antes tiene un hermano rubio, de pelo enmarañado, al cual poder golpear…

En ese momento, se quedó congelada.

Luke se incorporó.

—¿Qué sucede?

Ella levantó la mirada, con una expresión extraña sobre su rostro.

—El bebé se ha movido. Justo ahora.

—¿En verdad?

—¡Sí! —ella aferró la mano de Luke, y la colocó sobre su abdomen, el cual apenas empezaba a notarse—. Aguarda un momento.

Luke esperó completamente concentrado, e inmóvil. Unos pocos minutos más tarde, se vio recompensado con un golpecito delicado debajo de la palma de su mano.

—Que me manden a Kessel… —una enorme sonrisa boba se extendió por toda su cara, mientras se inclinaba y besaba de manera torpe a su esposa—. Por la Fuerza, Mara. ¡Vamos a tener un bebé!

Esta vez fue el turno de ella para echarse a reír, una risa que se transformó en un gran bostezo.

—Y por supuesto, él o ella, se despiertan justo en el momento en que me toca empezar a dormir.

Recostándose a su lado nuevamente, Luke la acurrucó entre sus brazos. Ambos entrelazaron sus manos, y las colocaron sobre su vientre. Se había vuelto parte de su ritual nocturno, el unirse a través de la Fuerza, y expandir sus conciencias hasta llegar a tocar a la nueva vida que estaba creciendo en el interior de Mara, como si le estuvieran cantando una canción de cuna.

Los dos percibían los rápidos latidos, y la diminuta presencia descansando cálida y satisfecha, confortada por los fuertes latidos que la protegían desde arriba.

Eventualmente, los tres se quedaron dormidos.

Luke escuchó el chillido de angustia, y salió corriendo por la habitación, incluso antes de estar completamente despierto. Mara estaba inclinada sobre el lavabo del baño, pálida, y empapada en sudor.

—Algo no anda bien —jadeó.

Luke contempló horrorizado el charco de sangre que se estaba formando alrededor de sus pies.

—Ayúdame…

De repente, todo parecía estarse moviendo en cámara lenta. Luke pudo sentir el ominoso inicio del dolor y de las náuseas que sacudían todo el cuerpo de su esposa, y se lanzó hacia adelante para impedir que cayese al piso.

—¡No! —gritó mientras la bajaba al suelo—. Oh no.

Colocó una mano cubierta de sangre sobre el vientre que albergaba al bebé, intentó hacer contacto con él a través de la Fuerza, y sólo sintió… silencio. De manera desesperada, los ojos de Mara buscaban los suyos. Sintiéndose paralizado por la conmoción y por la aflicción, Luke sólo atinaba a sacudir su cabeza.

A la siguiente noche, Luke se pasó un buen rato reclinado sobre el repostero, aturdido, mientras revolvía dos tazas que contenían chocolate caliente. Una y otra vez, las palabras del médico se repetían en su mente.

«Muerte fetal,» «de causa desconocida,» «no podía hacerse nada,» «lo lamento mucho».

Luke caminó lentamente en dirección hacia la habitación. Mara no se encontraba allí. Con algo de irritación, depositó ambas bebidas sobre la mesa.

Se supone que debería estar en cama.

La encontró sentada sobre el piso, en medio de lo que habría sido la habitación del bebé. Se encontraba encorvada, abrazada a una suave manta de lana decorada con diseños de pequeños cazas Ala-X. Se había tratado de un regalo de Wedge e Iella[11], tan sólo algunas pocas semanas atrás. Sus hombros se estremecieron en el momento en que Luke se sentó a su lado. Él la atrajo hacia sí, acariciando su cabello, mientras las lágrimas empezaban a correr por su rostro, y caían sobre su túnica.

—Lo siento —susurró Mara entre sollozos—. Luke, lo lamento tanto.

Él se apartó justo lo necesario para permitir que ella pudiera levantar la mirada, y que sus ojos se encontraran con los de ella. Luego, empezó a hablar lentamente:

—No fue tu culpa —las lágrimas también nublaron sus ojos, y sus palabras empezaron a ahogarse—. El doctor dijo que cosas como esa, ocurren algunas veces. No fue nada que tú hiciste, amor.

Nuevamente, ella enterró su rostro en su fuerte hombro.

—Es algo que suele suceder —le aseguró Luke.

—¿Por qué mejor no me sucedió a mí? —murmuró ella—. ¿Por qué…?

Su voz se quebró.

[11] Iella Wessiri Antilles era una mujer de Corellia, que empezó sirviendo como agente de CorSec, y que, durante la Guerra Civil Galáctica, ofició de espía de la Alianza para Restaurar la República. A continuación, se convirtió en integrante del Servicio de Inteligencia de la Nueva República, y posteriormente se casó con Wedge Antilles. N. del T.

Luke la tomó por los hombros, y la apartó vivamente, hasta donde daba la longitud de sus brazos.

—¡No! ¡Jamás digas eso! Tu muerte no hubiera salvado a nuestro bebé. ¿Qué sucedería si algo te pasara a ti, o a nosotros? ¿Quieres que nuestros niños crezcan siendo unos huérfanos… como ocurrió con nosotros? ¡Jamás vuelvas a pensar en eso! Prométemelo.

Las lágrimas cubrían los ojos de la pelirroja, mientras Luke continuaba con su reprimenda casi gritando:

—¡Prométemelo!

Conmocionada, Mara asintió.

—Lo prometo —bajó la mirada hacia la manta que tenía enrollada entre sus manos—. Es sólo que…

Los sollozos que empezaron a sacudir todo su cuerpo, impidieron que pudiera seguir hablando.

—Lo sé —susurró Luke, mientras las lágrimas no dejaban de correr por todo su rostro—. Lo sé.

Envolvió completamente a su mujer con sus brazos, y abrazándola, empezó a mecerla de adelante hacia atrás, en silencio. Los dos permanecieron juntos sobre el piso durante todo el resto de la noche, ambos lloriqueando por aquella pérdida que se sentía demasiado profunda como para poder expresarla con cualquier palabra…

Una voz familiar arrancó a Mara de sus penosos recuerdos, trayéndola de vuelta hasta el presente. Levantó la cabeza que había quedado recostada sobre el tronco de aquel árbol, para encontrarse con Sorada, que permanecía de pie frente a ella.

Había empezado a llover con una garúa persistente, y Mara ya estaba completamente empapada, mientras las gotas de lluvia se entremezclaban con las lágrimas que descendían por sus mejillas. Sorada se arrodilló a su lado.

—¿Tú… enferma?

Mara sonrió débilmente.

—No, no se trata de la fiebre.

Apartó la túnica externa que la tenía envuelta, revelando el abultado vientre que había empezado a crecer por debajo. Los ojos de la mujer mayor, se abrieron enormemente, al percatarse de la grávida situación.

Sorada se sentó sobre el reciente lodo que había comenzado a formarse al lado del tronco del árbol, y peinó con delicadeza una hebra suelta de cabello que había caído sobre el rostro de Mara.

—Tu… compañero. Él… viene por ti.

Mara luchó contra una nueva oleada de lágrimas.

—Él no sabe en dónde estoy. Y no sabe nada acerca del bebé.

Confundida, Sorada inclinó la cabeza.

Mara continuó:

—Yo no sabía que estaba esperando un niño la última vez que lo vi —añadió entre gimoteos.

Ambas permanecieron sentadas en silencio por un momento más, antes de que Sorada intentara ayudarle a ponerse de pie.

—Ven —le dijo extendiéndole la mano—. Debes estar… seca.

Mara se incorporó lentamente, y levantó el odre lleno de agua que había estado transportando.

Ambas caminaron en silencio de regreso al villorrio, y a la seguridad de la acogedora cabaña.

CAPÍTULO VI

Han levantó la mirada, mientras Leia entraba en el apartamento. A partir de la mirada que había en sus ojos, ya sabía cuál sería la respuesta, pero de cualquier modo, no pudo evitar interrogarla.

—¿Y bien?

Ella sacudió la cabeza.

—No era ella.

Leia se sentó pesadamente en la silla que estaba en frente de Han, y se frotó el rostro de manera agobiada con ambas manos. Los pasados seis meses habían empezado a pasarle factura, y aquello estaba comenzando a notarse. Oscuros círculos habían aparecido por debajo de sus ojos, y ahora lograba verse una pizca de gris en las hebras del cabello que corría por detrás de sus sienes. Sin embargo, cualquiera podría asegurar que incluso estando así, se miraba mejor que Luke.

Hacía tiempo que Luke se había desligado por completo de la Academia, y había estado residiendo en Coruscant, cuando no se encontraba viajando de un sistema a otro, en busca de Mara. Al principio, todos habían asumido su desaparición de manera sosegada, simplemente esperando a que hiciese su entrada, con una convincente explicación a flor de labios. Pero conforme las semanas iban transformándose en meses, la presión de sus conocidos por que se hicieran públicas las noticias que iban llegando, se había vuelto demasiado fuerte como para ser ignorada.

Leia había realizado un comunicado de prensa en la HoloNet, incluso ofreciendo una recompensa —contra el mejor parecer de Luke—, a cualquiera que pudiese proveer de información valedera acerca del paradero de Mara. Luke había argüido que a Mara, eso no le hubiese gustado nada, que detestaba esa clase de publicidad, pero Leia lo había convencido de que el dinero era la única cosa que podría garantizarles el obtener una buena acogida por parte de quienes escucharan su requerimiento. Con respecto a ese punto, Han se había visto forzado a admitir que eso era cierto.

Durante los primeros dos meses, habían obtenido tantas respuestas, que se les había vuelto dificultoso el seguir el hilo de cada una de ellas.

¿Quién hubiera podido decir que había tantas humanas pelirrojas vagabundeando por la galaxia?

Pero gradualmente, las pistas habían ido difuminándose. En este mes, sólo habían recibido un par de ellas: la de Dantooine, que Mirax[12] había terminado de investigar la semana pasada, y luego, el reciente viaje de Leia a Sullust, el cual también había demostrado ser inútil. La gente de Talon Karrde se hallaba esparcida por toda la galaxia, e inclusive habían accedido a llevar junto con ellos, a algunos de los recientemente graduados estudiantes Jedi, como compañía…

[12] Mirax Terrik Horn era la hija del contrabandista Booster Terrik, esposa del Jedi Corran Horn, y madre de Valin y Jysella Horn. N. del T.

Han regresó del bar con una mezcla de la que era la bebida favorita de Leia, *cardat y tanic*. Ella la aceptó con un gesto de asentimiento, y la sorbió lentamente, mientras Han se ponía detrás de ella, para realizarle un masaje en los hombros.

—¿Qué le voy a decir a Luke?

—¿Acaso crees que él ya no lo sabe? Me refiero a que puede percibir lo que ocurre en ti —le aseguró Han.

Ella sacudió la cabeza, y pareció como si estuviera escuchando algo.

—Es difícil de afirmar. Ha estado tan distante últimamente…

—Bueno, creo que lo está tomando bastante bien, considerando…

—Así es —musitó Leia—, pero no sé por cuánto tiempo.

Aquella noche, Leia acababa de quedarse dormida, cuando se sentó de golpe, como si hubiese sido sacudida por una descarga de corriente eléctrica.

—¡No!

—¿Qué fue? —le preguntó un soñoliento pero alerta Han.

—¡Luke! —exclamó ella, colocándose encima una túnica, y saliendo a toda velocidad del departamento, en dirección hacia el corredor.

Han nunca la había visto moverse tan rápido.

—¡Quédate allí con los chicos! —le gritó a lo lejos.

Leia llegó al departamento de Luke, digitó la clave de acceso de la puerta de entrada, y se quedó jadeando horrorizada, frente al espectáculo que se presentaba ante ella. Luke se encontraba de pie en medio de la habitación, mientras los muebles del apartamento iban girando alrededor de él, sostenidos por un túnel de viento generado por la Fuerza.

—¡Luke! —le gritó Leia—. Luke, ¡detente!

Su hermano no parecía escucharla.

Leia intentó rebuscar algo en la habitación —lo mejor que pudo en medio de aquella oscuridad—, y pudo captar un atisbo del sable de luz de Luke, acurrucado en un solitario rincón. Expandiendo su conciencia, llamó al arma hasta su mano, y la encendió. Dando una profundo inspiración, dio algunos pasos en medio de la habitación, y cortó en dos una mesa que estaba girando en espiral en dirección hacia su cabeza. Lentamente, se desplazó hacia el centro de la habitación, esquivando, agachándose, o destruyendo obstáculos que venían hacia ella desde una distancia sorprendente. Llegó hasta el ojo de la tormenta, y apagó el sable de luz, mientras se aproximaba a Luke. Él permanecía completamente petrificado, con la mirada desenfocada, y con el rostro trastornado por la rabia y la aflicción.

Leia llegó hasta él por medio de la Fuerza, y se sintió casi desbordada por su desesperación.

Luke —le habló a su mente—, *soy Leia.*

No obtuvo respuesta. Extendiendo sus brazos, lo tomó por ambos hombros.

—¡Luke! —le gritó sacudiéndolo—. ¡Luke, debes detener todo esto!

Su hermano bizqueó ante su inadvertida presencia, y sus ojos empezaron a enfocarse una vez más.

—No te puedes dejar vencer, Luke —le dijo, levantando la voz—. Nada de esto va a ayudarla.

El ventarrón empezó a extinguirse, y la expresión del rostro de Luke comenzó a suavizarse.

—¿Leia? —dijo con voz rasposa.

De inmediato, todas las cosas que estaban volando en la habitación, cayeron sobre el piso, en medio de un estruendo, y él miró aturdido a los alrededores.

Leia lo atrapó cuando empezaba a tambalearse hacia adelante. Su torso se estremeció, al tiempo que un inhumano aullido escapaba de sus labios, y comenzaba a temblar de manera descontrolada, mientras los sollozos sacudían todo su cuerpo.

—Está bien, está bien —intentó tranquilizarlo Leia. Envolviéndolo en sus brazos, mientras él se deslizaba hacia el piso, le habló delicadamente—. Todo está bien, Luke.

Aguardó pacientemente hasta que se hubo calmado, para preguntarle:

—¿Qué fue lo que sucedió?

Los atormentados ojos azules de Luke, se volvieron hacia los de ella.

—¿Y si no puedo encontrarla? ¿Y si me necesita y no puedo ayudarla? ¿Y si…? —sus palabras se transformaron en gimoteos—. ¿Y si llego demasiado tarde? No puedo continuar sin ella. No deseo continuar…

Leia lo recostó hacia atrás, sosteniéndolo por los hombros. Cuando empezó a hablar, lo hizo haciendo uso de toda su autoridad.

—Ahora escúchame. Vamos a encontrarla. Mara es la mujer más fuerte que yo jamás haya conocido. Es una sobreviviente. Y ella nunca, jamás se daría por vencida si tuviera que buscarte. ¡No te atrevas a abandonarla!

Mara gruñó mientras se desplazaba con su cada vez más prominente vientre, en medio de la arruinada carlinga del *Sable*. Acomodándose sobre el asiento del capitán, sintió la fuerte patadita de protesta de un niño casi maduro por completo.

—Sí, de acuerdo —musitó.

Obviamente, quienquiera que hubiese diseñado estas cosas, nunca había estado embarazado.

Éste era su cuarto intento —en un número igual de semanas—, para hacer que el transmisor de comunicaciones funcionase. De acuerdo a sus cálculos, faltaban unas seis semanas hasta el momento en que debía producirse el alumbramiento del bebé, y no tenía intenciones de dar a luz en ese planeta olvidado por la Fuerza. Miti permanecía por detrás de ella, sosteniendo un puñado de partes rescatadas de la nave de Daven. Él se había

constituido en su inseparable compañero durante todas aquellas semanas, insistiendo valientemente en cargar con todos esos estropeados repuestos, durante la agotadora caminata hasta la nave de Mara.

La Jedi comenzó a acomodar y acoplar algunas de las recuperadas partes, por debajo del tablero de la cabina.

—De acuerdo —dijo Mara, apartándose un poco de la consola de comunicaciones—. Aquí vamos.

Miti dio un paso al frente para colocarse a su lado, y observó mientras las coloridas luces del tablero, parpadeaban de manera secuencial a través de toda la extensión del panel de control, y luego terminaban apagándose.

Una garra oprimió el corazón de Mara.

Y de improviso, la luz verde del transmisor empezó a destellar con una cadencia sostenida. Ella contuvo la respiración mientras la conocida señal de S.O.S., era irradiada en todas las frecuencias conocidas que empleaban las naves de la Nueva República.

—Por la Fuerza —exclamó, exhalando intensamente—. Parece que esto está funcionando.

CAPÍTULO VII

Mara se enderezó lentamente de la posición reclinada que había adoptado para asistir a uno de los aldeanos que yacía sobre uno de los jergones que estaban alineados en la larga hilera de camas para los enfermos. Un gran cobertizo había sido construido para albergar a todos los beresse que habían caído víctimas de la fiebre, los cuales constituían al menos, unas tres cuartas partes de la población. Habían transcurrido dos semanas desde que Mara empezase a emitir la señal de auxilio desde el *Sable*, y ya estaba empezando a temer por la supervivencia de toda esta gentil raza, si es que la ayuda no llegaba pronto.

Colocó ambas manos contra la base de su espalda, y empezó a masajearse muy despacio. El ahora constante lumbago, de manera sostenida, iba incrementándose en intensidad cada día. Sorada se acercó a ella lentamente en medio de la semi-penumbra, acareando un odre lleno de agua.

—Tú ir… descansar ahora —le indicó, al tiempo que llevaba a Mara hacia su propia cabaña.

La pelirroja ingresó en la pequeña habitación, y se acomodó en lo que ella había llegado a denominar, su cama. Volteándose hacia el lado izquierdo —el que sentía más cómodo—, amoldó algunas de las almohadas hechas a mano, entre sus rodillas y detrás de su espalda.

Sumiéndose en un sueño intranquilo, empezó a soñar con Luke… y lo vio cargando un infante…

Mara se despertó de pronto, cuando un dolor semejante a un retorcimiento, se apoderó de su abdomen.

¿Qué era lo que estaba ocurriendo?

La cama estaba mojada…

¡Mojada!

El saco de líquido amniótico se había roto. Aquello significaba que debía estar en trabajo de parto, pero aún era demasiado pronto. Todavía debería haber esperado unas cuatro semanas más. Luchando contra la sensación de pánico que la estaba invadiendo, se cambió la húmeda vestimenta por unas ropas secas, y se dirigió para consultar con Anise, la equivalente del clan a una partera.

La encontró en la cabaña de los enfermos.

Anise asintió sin necesidad de que le dijera nada, mientras caminaba al encuentro de Mara.

—Ya es el momento.

Las siguientes veinticuatro horas, fueron las más largas de su existencia. Mara nunca había imaginado que fuese posible sentir semejante agonía. Ni siquiera los rayos de la Fuerza del Lado Oscuro, podían compararse con ese dolor. Al inicio, las contracciones habían estado distanciadas por varios minutos, y en medio de ellas, Mara había sido

capaz de recobrar el aliento, empleando técnicas de relajación Jedi. Pero, conforme la noche iba transformándose en día, y luego nuevamente en noche, sus intentos de relajación se habían vuelto poco menos que inútiles. Las contracciones se habían hecho tan seguidas, que casi no podía distinguir una de la otra. Sintió como si su cuerpo estuviera siendo desgarrado en dos mitades, revelándose impotente para poder impedirlo.

Sorada y Anise iban relevándose para permanecer a su lado, secando el sudor de su rostro con unos harapos remojados en agua fresca, intentando conseguir que se relajase.

Pero había algo que no estaba bien; ella podía verlo en sus ojos. Todo esto estaba tomando demasiado tiempo.

Ocasionalmente, Anise colocaba sus manos en ambos lados del abultado vientre de Mara, y las presionaba, para intentar acomodar al bebé. Finalmente, Mara tomó su mano, y le preguntó en un vacilante beressiano:

—¿Qué es… lo que anda… mal?

—El niño no ha completado su rotación. Va a tomar algo más de tiempo —le respondió Anise.

Y, aunque la comadrona aparentaba estar calmada, Mara podía percibir el miedo en su mirada.

—¡No!

Mara apretó sus dientes con determinación.

Aquello no le volvería a pasar, no esta vez. Este bebé tendría que vivir. Y Mara tendría que ser más fuerte que todo lo que podría traer aquella noche, por ella y por su niño.

Más fuerte que la noche.

La mente de Mara se despejó brevemente en medio de la nebulosa confusión provocada por el dolor, y se estiró en dirección hacia su desgastada mochila de viaje. Sorada había entrado en la habitación, y la doliente parturienta les indicó a ambas mujeres que se la acercaran. Señalando el blasón de la Nueva República que había en la mochila, les dijo pausadamente, en medio de las contracciones:

—Algunos hombres llegarán… portando ese símbolo. Si me ocurre… algo… entréguenles mi bebé… y esto.

Rebuscando dentro de la mochila, extrajo su sable de luz.

—Ellos sabrán… qué hacer.

Dejándose caer pesadamente en el asiento de la carlinga de su Ala-X, después de un conjunto de maniobras de entrenamiento particularmente intenso sobre Obroa-skai[13],

[13] Obroa-skai: planeta situado en el Sistema Obroa-Skai, provisto de una posición estratégica en las Regiones Limítrofes del Borde Interior. Ecológicamente, era un planeta de configuración terrestre, con una mezcla de tundras, cadenas montañosas, praderas y desiertos. El día duraba 26 horas estándar, y el año, 456 días locales. A lo largo de los siglos, había ganado la reputación de ser el asentamiento de las computadoras depositarias de la información que contenía todo el conocimiento recopilado en toda la galaxia. Además, Obroa-skai era el

Gavin Darklighter[14] le dirigió una irritada mirada al parpadeante destello del canal de seguridad de la Nueva República.

Con toda seguridad, no llegaré a casa para cenar esta noche.

Oprimió la tecla de recepción, y antes de que pudiera decir nada, se vio interrumpido por una voz masculina que resonaba con una excitación inusual:

—Líder del Escuadrón Rogue, éste es el Servicio de Inteligencia de la Nueva República. Hemos recibido reportes con respecto a una llamada de auxilio, y a actividades hostiles en el Sistema de Myrkr. A nuestro contacto se le impidió hacer mayores averiguaciones por parte de una flota de naves fuertemente armadas que estaban entrando en el sistema. La señal de auxilio estaba parcialmente codificada, pero parece corresponder a la impronta del *Sable de Jade*.

Ahora fue el turno de Gavin para interrumpir a su interlocutor, mientras se enderezaba como un rayo sobre su asiento:

—¡Ya estamos en camino!

El decreciente brillo del sol anunciando el ocaso, se filtraba a través de la ventana, mientras Sorada colocaba una manta sobre Mara.

Ella se encontraba lavándose las manos sobre un rudimentario tazón, cuando Miti hizo su aparición, corriendo de manera precipitada a través de la puerta.

—¡Daka! —gritó, mientras intentaba atraer a su abuela, hacia las afueras de la rústica cabaña—. ¡Daka!

Bizqueando por el brillo, la mujer se fijó en el punto que el muchacho estaba señalando, y sintió que su corazón se paralizaba. Una enorme y decrépita lanzadera, estaba completando sus maniobras de aterrizaje en los linderos de la colonia.

Los ladrones habían regresado.

Al poco rato, un variado contingente de los grandes y rudos hombres, estaba saliendo de los vacíos depósitos de su nave. Habiendo reconocido a la matriarca del clan, todos ellos se dirigieron con paso majestuoso en su dirección.

—¿En dónde? —le gritó de manera enfadada, el más grande de los rufianes, quien iba a la cabeza.

Sorada se volvió a medias para indicarle a Miti que regresara al interior de la cabaña, pero el ladrón apuntó su bláster, y de manera despiadada, le descerrajó un tiro al niño en la pierna.

El muchacho soltó un aullido, y cayó pesadamente sobre el suelo.

---

hogar de una gran cantidad de artefactos antiguos relacionados con los Jedi, y que fueron destruidos por el Bureau de Seguridad Imperial (IBS). N. del T.

[14] Gavin Darklighter: humano originario de Tatooine, nacido durante el Período Imperial. De orígenes humildes, Darklighter se convirtió en un condecorado piloto del *Escuadrón Rogue*, y luego, en su líder, y posteriormente ascendió a Almirante de una Flota de Combate. Hijo de unos granjeros de humedad, Darklighter creció a la sombra de su primo mayor, Biggs Darklighter, héroe de la Rebelión. N. del T.

Valientemente, Sorada dio algunos pasos en frente de la imponente figura, y esta vez, el maleante le apuntó directo a la cara.

—¿En dónde?

Su aliento hedía a comida guardada y a bebidas espirituosas de mala calidad, y sus ojos estaban colmados de odio.

Varios integrantes del clan comenzaron a correr en dirección hacia donde estaba la matriarca, pero ella los conminó a detenerse con un gesto de su mano. Si algunos de ellos conseguían salir indemnes de ésta, entonces su muerte habría significado algo. Decidió enfrentarse al bandido con la mirada fija…

Y entonces, la lanzadera que estaba a sus espaldas, hizo explosión en medio de una enorme bola de fuego, y una pequeña nave con alas en forma de X, hizo sentir el rugido de sus motores sobre la villa.

La onda expansiva lanzó a Sorada y a los ladrones sobre el suelo, y el caos se apoderó del caserío. Sorada luchó por ponerse de pie, y arrastró a Miti hacia el interior de la cabaña. Una vez dentro, rebuscó en el interior de la mochila de Mara, extrajo el sable de luz, y enfocó sus ojos sobre la puerta del cobertizo, mientras en el exterior, el estruendo de los disparos de bláster, arreciaba cada vez más, como queriendo consumir toda aquella floresta.

Eventualmente, todo quedó en silencio.

Sorada se asomó a través de un resquicio de la puerta.

De manera milagrosa, parecía que muy pocos de los habitantes del poblado, habían resultado lastimados. Tan sólo algunos pocos árboles continuaban siendo consumidos por el fuego, pero en cambio, eran los ladrones quienes en apariencia, habían recibido un daño considerable.

Surgidos de la nada, unos extraños hombres vestidos con uniformes de color naranja, estaban aprehendiendo a los escasos ladrones que no habían quedado inconscientes, producto del fuerte estallido. Uno de los hombres recién llegados, se retiró el casco de la cabeza, y fue entonces cuando Sorada logró distinguirlo: era el mismo símbolo que Mara les había mostrado apenas unas horas antes.

Todavía sosteniendo el sable de luz entre sus manos, Sorada salió al encuentro de aquel hombre, gesticulando animadamente con ambos brazos para llamar su atención. Él se mostró sorprendido frente a su repentina aparición, pero no hizo ninguna demostración de querer realizar algún movimiento hostil.

La pequeña mujer supo que había captado toda la atención del hombre, cuando los ojos del extraño se quedaron clavados sobre la inconfundible arma, y su rostro empezó a palidecer.

—Por favor… ayuda.

Ella se dio la vuelta, y le señaló la cabaña.

Una vez en su interior, ella intentó señalarle en donde era que estaba la cama de Mara, pero descubrió que eso no fue necesario. Él ya se encontraba arrodillado a su lado,

y sus manos empezaron a temblar levemente, mientras empezaba a retirar la manta, y apartaba una hebra de cabello de color rojo dorado del rostro de la mujer.

Su comlink empezó a crujir.

—Hemos encontrado el *Sable de Jade*. Estamos desplegándonos para iniciar la búsqueda…

—Aquí Horn. Olvídense de eso —les comunicó pesarosamente—. Ya he encontrado a Mara Jade.

Sorada le tendió el sable de luz, y él lo tomó delicadamente entre sus manos, colgándolo sobre su cinturón, a medida que iba poniéndose de pie. Echó una mirada al interior del cobertizo, y observó cómo una mujer anciana, se inclinaba sobre una pequeña canastilla, y levantaba entre sus brazos, un bulto diminuto envuelto en unas cobijas del mismo tamaño.

Sonriendo delicadamente, colocó al bebé entre los brazos del hombre.

La pequeña criatura comenzó a berrear.

CAPÍTULO VIII

Corran Horn se sentó en la carlinga de su Ala-X, prestando atención a la voz de Leia, que crujía desde el transmisor a bordo del *Millennium Falcon*.

—Luke está en camino, pero está llegando desde el Sistema de Varonat[15]. Le tomará algunos días el llegar hasta allí.

Con una de sus manos, Corran se frotó con preocupación el rostro. Al parecer, Gavin no le había dicho nada a ella.

—Leia… ella no tiene *algunos días*. Está muy enferma.

Tragó algo de saliva.

—Mara acaba de dar a luz. De acuerdo a los locales que han estado haciéndose cargo de ella, el parto fue complicado. Ya ha perdido mucha sangre durante el alumbramiento, pero además, nadie ha sido capaz de detener el sangrado desde aquel momento. Ella estaba sintiendo mucho dolor, así que decidieron sedarla con algún tipo de planta que crece en este lugar. No he podido despertarla, pero sus latidos, y su temperatura, son indicativos de que está sufriendo de alguna clase de infección sistémica. En este momento, necesita ser internada en alguna instalación hospitalaria especializada.

Hizo una pausa. Haciendo una prolongada inspiración, continuó hablando de manera delicada.

—Leia, ella podría estar agonizando.

La voz de Leia se oía conmovida, cuando finalmente logró responderle:

—¿Y el bebé?

—La bebé parece estar en buenas condiciones, algo hambrienta, pero por otra parte, está sana. ¿Quieres que llame a un transporte médico?

Con paciencia, aguardó por la respuesta; sin lugar a dudas, ella estaba consultando todas las posibilidades con Han.

—No. Nosotros acabamos de recoger a Anakin de la Academia, y Han dice que podríamos estar llegando en unas cuatro horas. Ya estamos en camino.

Justo antes de que la transmisión se interrumpiera, la voz de Han se dejó escuchar:

—¡A toda marcha, Chewie!

Mientras andaba contemplando el firmamento, Corran protegió sus ojos contra el brillo del sol, al tiempo que observaba descender al *Falcon* sobre un abandonado campo de cultivo.

Leia fue la primera en aparecer por la rampa, seguida por Anakin y Han, quienes le indicaron a Chewbacca:

[15] Sistema de Varonat: sistema estelar localizado dentro de los Territorios del Borde Exterior, el cual contenía el planeta Varonat. Se encontraba situado dentro del Sector de Anoat, cerca del extremo proximal del Corredor Comercial de Ison. N. del T.

—Quédate aquí. Completa los cálculos para realizar el salto más corto hasta Coruscant.

Un breve gruñido de conformidad fue la única respuesta por parte del incondicional wookiee.

Corran los condujo hasta la cabaña en donde permanecía una debilitada Mara, en la cual, Sorada, Anise, y Miti mantenían una atenta vigilia.

Leia se arrodilló al lado de la cama de Mara, y la tomó de la mano. Las lágrimas empezaron a acumularse en sus ojos, mientras contemplaba a la mujer que había llegado a conocer y a amar como a una hermana. Mara estaba pálida y delgada, su cabello estaba enmarañado y opaco, y el sudor perlaba todo su rostro. Su respiración era superficial y laboriosa. Y a pesar del hecho de que presentaba constantes escalofríos, su piel se sentía extremadamente caliente, hasta el punto de lastimar los dedos con sólo tocarla.

—¿Mara? —dijo delicadamente la Princesa—. Mara, soy Leia. Vamos a sacarte de aquí. Luke está en camino para encontrarse con nosotros. Tan sólo resiste un poco más.

Mara se agitó ligeramente, y pareció querer recuperar la consciencia, pero aquello tan sólo duró algunos segundos.

Leia se puso de pie, y se volvió para encontrar que Corran le estaba alcanzando el sable de luz de Mara a Anakin.

—Ella querrá tener esto cuando despierte.

Anakin asintió solemnemente.

Corran se colocó al lado de Leia, y le presentó a las demás personas que se encontraban en la rústica habitación.

—Ésta es Sorada, la lideresa del clan, y ella es Anise, la partera. Sorada ha estado haciéndose cargo de Mara todo este tiempo, y sabe hablar algo de *básico*.

Sonriendo, levantó a Miti en sus brazos.

—Y este valiente muchachito con el vendaje en su pierna, es Miti.

Leia les hizo una venia, y habló con una calidez que le salía del corazón.

—Ella es mi cuñada. Gracias. Mi hermano y yo estamos en deuda con ustedes por toda su bondad.

Leia le hizo un gesto a Han, quien se arrodilló y levantó delicadamente a Mara entre sus brazos.

—Me han contado acerca de esa enfermedad que está diseminándose entre los integrantes de su tribu, y le hemos pedido a nuestra gente que está llegando, que traiga ayuda para todos ustedes.

Sorada asintió, habiendo comprendido todo lo que la Princesa le manifestaba.

—Estamos… agradecidos.

El grito de una pequeña garganta, procedente de la esquina de la habitación, llamó la atención de Leia. Con la mano, Sorada señaló a la improvisada cuna que había sido instalada en el apartado rincón.

—Una… hija.

Levantando el delicado envoltorio que contenía a la niña, Leia sonrió, mientras los diminutos brazos protestaban sacudiéndose en el aire.

Dándole algunas palmaditas a la cabeza de la bebé con unas manos llenas de arrugas, Sorada depositó un beso en la suave mejilla infantil.

—*Lin ata*, bebé —susurró.

Caminando hacia donde Han todavía se encontraba de pie, sosteniendo a Mara, se inclinó como muestra de respeto; al hacerlo, parecía que sus negros ojos estaban reluciendo.

—*Sen tira*, nuestro… salvador.

Miti también se inclinó, mientras todavía permanecía subido en los brazos de Corran, y besó la frente de Mara, al tiempo que Han empezaba a retirarla delicadamente de aquella humilde cabaña.

En el camino de regreso al *Falcon*, Corran alcanzó a Leia.

—Hemos logrado neutralizar a las naves hostiles en toda el área, así que no deberían tener problemas para abandonar el sistema. Algunos de nosotros nos quedaremos para ayudar al equipo de socorro que estará arribando el día de mañana.

Leia se detuvo un momento al pie de la rampa, y levantó la voz para hacerse oír por encima del llanto de la bebé.

—Gracias, Corran.

Él se quedó observando, mientras Han subía a Mara por la rampa, al interior de la nave.

—Que la Fuerza los acompañe.

CAPÍTULO IX

Leia llevó a la lloriqueante niña a través de los corredores del *Falcon*.

—Shhh, cariño —le dijo amablemente, y de manera repetida—. Lo sé. Lo sé. Pronto estaremos en casa.

Mara había despertado brevemente después de que se hubiese disipado el efecto aislante de los ysalamiri sobre la Fuerza, pero luego volvió a sumirse en el intranquilo sueño inducido por la fiebre.

Al momento de pasar por la bahía médica, Leia percibió un sutil cambio en la presencia de Mara. Aproximándose a la litera, se dio cuenta de que la respiración de su cuñada, estaba haciéndose un poco más lenta… quizás demasiado.

Corriendo hacia la carlinga, le entregó la bebé a Han.

—Toma a la niña. Algo malo le está ocurriendo a Mara —le gritó, al tiempo que desaparecía tras la esquina.

Han bajó la mirada en dirección a la pequeña carita enrojecida, que ahora gemía furiosamente.

Chewie los miró a ambos, y gruñó delicadamente.

—Grhhhh.

—Tú lo has dicho, compañero. También a mí me recuerda a su madre.

Leia se inclinó sobre el exangüe cuerpo de la enferma.

—¿Mara? —le sacudió los hombros delicadamente—. ¡Mara, despierta!

No obtuvo respuesta.

—¡No! —chilló.

De rodillas al lado de la litera, se dio cuenta de los ribetes de sangre que iban goteando por el costado de la camilla, y que iban acumulándose en el suelo, en uno de sus costados. Aferrando las manos de Mara, expandió su consciencia a través de la Fuerza. La presencia de Mara todavía estaba allí… apenas. Concentrándose por medio de la Fuerza, Leia imaginó sus manos fusionándose íntegramente con las de Mara

—Resiste, Mara. Ya casi estamos allí.

La voz interior que le contestó era tan débil, que Leia casi no consiguió oírla.

—… lo intento… ¿y mi bebé?…

Juntando sus manos con más fuerza, para darle mayor énfasis a sus palabras, Leia le respondió:

—Tu hija está bien. Pronto la verás.

Pero incluso mientras estaba hablando, sintió que la presencia de Mara se le estaba escurriendo de entre las manos.

—¡Anakin! —gritó—. ¡Ayúdame!

Anakin llegó corriendo, y encontró a su madre arrodillada al lado de Mara, mientras un rosario de gotas de transpiración, perlaba su rostro.

—Ayúdame a hacer que se quede —jadeó la Princesa.

Anakin se encaramó al borde de la litera, y colocó sus manos sobre las de Leia. Cerrando los ojos, percibió la débil presencia de Mara en la Fuerza. Expandiéndose hacia el tenue haz de luz en que se había convertido el espíritu de la puérpera, lo arropó con sus brazos, y contuvo la presencia de su tía con todo lo que podía.

Envuelta en unas negras vestimentas, una figura que más parecía una estatua, observaba sin perder detalle, la forma en que el *Millennium Falcon* giraba sobre su eje para aterrizar en el hangar del centro médico. Con sus ropas arremolinándose en medio de las súbitas ráfagas de aire, el Maestro Jedi dio unas grandes zancadas hacia la entrada de pasajeros de la nave, y ya estaba a bordo del carguero, antes de que la rampa estuviera completamente descendida.

Dentro, Mara sentía como si estuviera resbalando hacia el vacío. Había estado luchando por… ¿cuánto tiempo?

La promesa.

Le había hecho la promesa a Luke de que no se daría por vencida. Debía llegar a ver a su niña. Debía vivir. Se lo había prometido.

Empezó a luchar por intentar recuperarse una vez más, contando con el soporte proveído por Leia, cuya luminosa presencia, parecía estar algo ensombrecida por la fuerte presencia de Anakin. Pero todo aquello no era suficiente. Estaba empezando a dejar de percibir el dolor. Si tan sólo lo dejaban irse, podría encontrar la paz…

Estaba cayendo…

Cayendo…

Su descenso fue interrumpido por un poderoso abrazo que la envolvió por completo, tanto a su cuerpo como a su alma. La imperativa pero familiar presencia, brillaba con una luz enceguecedora a través de la Fuerza, y le habló con una apaciguadora fortaleza que parecía trascender más allá de todo su dolor y de toda su debilidad.

—Estoy aquí, mi amor. Te tengo. No dejaré que te vayas.

Luke.

Él estaba allí, con ella. Una única lágrima se deslizó por su mejilla, produciendo el mismo efecto que las calmantes oleadas de un trance de sanación que empezaba a empaparla por completo.

Luke levantó a Mara de las ensangrentadas sábanas, y miró brevemente a Leia y a Anakin: ambos se desplomaron sobre la cubierta, jadeando, completamente exhaustos. Antes de que su hermano intentara decir nada, la mano de Leia le hizo un gesto de despedida.

—Estamos bien. Ve.

Luke se apresuró a salir de la bahía médica, pero se detuvo abruptamente en la parte superior de la rampa de salida.

Han se encontraba allí: lucía agotado, y continuaba meciendo torpemente a una criatura aparentemente inconsolable.

El corazón de Luke se le paralizó en medio del pecho. Sus brazos ansiaban tomar a la niña, pero Mara… En lugar de hacerlo, expandió su consciencia a través de la Fuerza, y le hizo un mimo a la presencia de la niña, con una caricia tranquilizadora. Casi de inmediato, el llanto cesó, y fue seguido por un pacífico reposo.

Han levantó la mirada, y con una mirada retorcida, le confesó:

—Chico, ése es un truco que valdría la pena que me enseñaras.

A solas en el área de espera, por fuera de las habitaciones de los pacientes, Luke se volvió, al tiempo que el médico ingresaba al ambiente a través de unas puertas sibilantes. Se trataba de un hombre mayor, cuya fuerte mirada recayó directamente sobre Luke.

—Su esposa se encuentra en una situación crítica, pero está estable. Ella llegó en un estado de shock séptico, ocasionado por una infección en el torrente sanguíneo. Sin duda, aquello fue producido por las difíciles condiciones en las que tuvo que dar a luz. Afortunadamente, parece estar respondiendo bien al manejo de reposición de fluidos, y a la terapia antibiótica.

Cruzando los brazos sobre el pecho, el médico continuó:

—El segundo problema es un poco más serio. Ella está desarrollando una condición llamada coagulación intravascular diseminada. Se trata de una complicación rara, pero letal de la sepsis y del parto, en la cual, las células de la sangre parecen olvidar, si le parece la analogía, la forma de realizar las funciones de coagulación de la manera apropiada. Entonces, se producen muchos coágulos en lugares donde no son necesarios, tales como los dedos de las manos y los dedos de los pies; el indiscriminado consumo de esos factores de coagulación, hace que ya no pueda verificarse la coagulación en ninguna otra parte, dando como resultado, unas profusas hemorragias, que es lo que está siendo presentado por su esposa.

El profesional se detuvo por un momento para recuperar algo de aliento, antes de continuar con la explicación:

—La estamos tratando con transfusiones de sangre, pero no hay una cura específica para esta condición. Podría resolverse una vez que la sepsis esté curada, pero lo único que podemos hacer en este momento, es esperar y evaluar.

Hizo una nueva pausa, para estirarse y tomar a Luke por el brazo.

—Estamos haciendo todo lo posible. Lo mantendremos informado.

Luke asintió lentamente.

—Gracias.

Una joven asistente médica procedente de la sala de enfermería, se colocó a la izquierda del médico.

—Maestro Skywalker —dijo tímidamente—. Ya puede ingresar.

Luke la siguió hacia una habitación pequeña, tenuemente iluminada, que contaba con un mobiliario simple, compuesto por un sofá circular para conversaciones, una cuna, una mesa, y un reclinable. Haciéndose a un lado para que Luke pudiera sentarse en el reclinable, la asistente desapareció al interior de una habitación adyacente. Regresó trayendo un pequeño bulto envuelto en unas frazadas.

Con los ojos llenos de lágrimas, Luke estiró los brazos para recibir a su hija.

—Es hora de que la niña se alimente —le dijo la joven asistente, colocando un biberón sobre la mesa—. ¿Cree poder hacerlo?

—Sí —susurró Luke.

Ni siquiera levantó la mirada mientras la mujer abandonaba la habitación: sus ojos habían quedado fijos sobre la niña que tenía entre sus brazos. Tenía dudas acerca de si alguna vez había visto algo tan hermoso.

Un puño diminuto se cerró contra la regordeta mejilla, intentando hallar el camino hacia la pequeña boca, la cual estaba succionando anticipadamente.

Luke se echó a reír mientras separaba la pequeña manta que cubría el rostro de la bebé, y un mechón de cabello de color rubio fresa, quedó enhiesto sobre la parte superior de su cabeza. Luke lo tomó e intentó acomodar el penacho con una mano que, de repente, parecía ser demasiado grande, y se vio recompensado con un destello de los ojos azules más brillantes que jamás hubiera visto.

Pensativos, padre e hija se quedaron mirándose el uno a la otra.

—Hola tú —le dijo Luke muy suavemente—. ¿Me recuerdas? Nos conocimos hace poco, pero tenía que encargarme de tu madre en ese momento. ¿Podrías perdonarme?

Como si pudiera reconocerlo, el rostro de la niña rompió a mostrar una sonrisa, una sonrisa que inmediatamente se transformó en un puchero, mientras finalmente llegaba a introducir su puño dentro de su boca.

—De acuerdo.

Luke se levantó para alcanzar el biberón de la mesa, y volvió a sentarse en el reclinable, meciéndose lentamente, mientras su hija… finalmente empezaba a alimentarse.

CAPÍTULO X

La habitación se encontraba en silencio, y tranquila. Demasiado tranquila.

¿En dónde estaban las aves?

Gradualmente, Mara comprendió que no podía escucharlas… ni tampoco nada más. Inhaló cuidadosamente, esperando sentir algo de dolor, pero en lugar de ello, percibió una oleada de energía de la Fuerza.

¿La Fuerza?

Luchando para despertarse por completo, intentó hacer un movimiento, y sintió que su mano derecha rozaba contra algo plumoso y suave. Abrió los ojos, e intentó enfocarlos en las tenues lámparas de la habitación hospitalaria.

Unas cálidas lágrimas nublaron su visión, mientras bajaba la mirada en dirección hacia donde estaba su mano.

Luke se encontraba sentado en una silla al lado de la cama, reclinado con la cabeza descansando sobre las frazadas. Mara acarició su rubia cabellera con la punta de sus dedos, y se sintió regocijada al percibir la familiar sensación.

Luke sufrió un sobresalto, y levantó la mirada. Por un momento, no podía creer lo que estaba viendo. Unos brillantes ojos verdes, colmados de lágrimas, estaban devolviéndole la mirada. Pero era el toque de aquella mano conocida, lo que lo había despertado. Incorporándose lentamente, se sentó sobre el borde de la cama, y estiró la mano para entrelazar sus dedos con los de ella.

—¿Acaso estoy soñando de nuevo? —susurró Luke.

Con los labios temblorosos, ella le sonrió, sacudiendo la cabeza. Después de retirar la humedad que se había apoderado de su mejilla, Luke acunó el rostro de su esposa en medio de su mano.

—Oh, Mara…

Su voz se resquebrajó, al tiempo que se inclinaba hacia ella, y presionaba delicadamente sus labios contra los de ella.

Ella agradeció la calidez de aquel beso, y levantó sus brazos para arroparlo por los hombros. Sintiendo los músculos de la masculina espalda contraerse bajo sus manos, hizo que Luke se acercara un poco más. Una multitud de lágrimas de felicidad inundaron sus rostros, y se entremezclaron en medio de aquel abrazo. Ella se percató de que él no estaba queriendo presionarla demasiado para no lastimarla, y se separó mucho más pronto de lo que cualquiera de ellos hubiera deseado. Pidiéndole perdón con los ojos, ella le dijo con un ronco susurro:

—Luke, lo lamento. Nunca debí haber…

Él la hizo callar, colocando los pulpejos de sus dedos contra sus labios.

—No. No fue culpa tuya. Leia y Corran me contaron lo que sucedió.

El cabello de Mara estaba largo, como nunca lo había visto, y Luke retiró un mechón que había caído sobre su rostro.

—Tú hiciste lo correcto. Yo soy el que debe pedirte perdón. No fui capaz de encontrarte. Yo debí haber estado allí…

Ella lo interrumpió, repentinamente aterrada, mientras intentaba sentarse.

—¡La bebé!

—Shhhh —la tranquilizó Luke, ayudándola a reclinarse nuevamente sobre la cama—. Ella se encuentra bien.

A continuación, Luke se puso de pie, y caminó en dirección hacia una pequeña cama portátil de bebé, de la que ella no se había percatado con anterioridad. Mientras levantaba el pequeño bulto de la camita, continuaba hablando de espaldas a ella:

—He hecho que permaneciera junto con nosotros todo el tiempo posible.

—¿Cuánto tiempo he estado aquí? .le preguntó Mara.

—Diez días —fue la inesperada respuesta.

—¿Y has estado aquí todo ese tiempo?

—La mayoría de él —le contestó Luke, con un tono de voz casual.

Caminando de regreso hacia la cama, presionó un botón en el costado de la misma, que elevó la cabecera, hasta una posición semi-sentada. Acomodándose nuevamente a su lado, colocó a la niña en medio de los ansiosos brazos maternales.

—Mira, cariño. Mamá despertó.

Mara contempló el pequeño envoltorio, incapaz de pronunciar una sola palabra. Algunos mechones de cabello de color rubio fresa, enmarcaban la nívea piel de la más hermosa carita pequeña que jamás hubiera visto. Retirando la manta que cubría a la bebé, contó veinte diminutos dedos en sus manos y en sus pies.

Después de envolver nuevamente a la pequeña durmiente, las imágenes de aquellas últimas horas del trabajo de parto, relampaguearon en su mente…

Aquel dolor insoportable… Sorada y Anise inclinadas sobre ella, hablando con evidente miedo en sus voces… aquellas violentas sensaciones que estaban destrozándola… Anise frotando frenéticamente el diminuto cuerpo cianótico de la bebé con una manta… y luego, la oscuridad.

Las lágrimas se deslizaron por su rostro, y una de ellas salpicó una pequeña y delicada mejilla.

—Oh —jadeó Mara—. Lo siento.

Mientras retiraba la humedad de aquella pequeña carita con la esquina de la manta, unos minúsculos ojos parpadearon, y Mara se vio sorprendida por un par de brillantes ojos azules, que contemplaban soñolientos, toda la habitación.

—¡Mira! —le dijo a Luke—. Tiene tus ojos.

Luke sonrió.

—El doctor dice que todos los bebés tienen ese mismo color al principio. Tendremos que esperar a ver si permanecen de esa misma forma.

Él hizo un casi imperceptible gesto en dirección hacia la niña, y Mara siguió su mirada. Aquellos ojos azules, ahora estaban fijos sobre el rostro de su madre.

—Reconoce tu voz —comentó Luke delicadamente.

—No puedo creerlo —susurró ella—. Tenía tanto miedo. No sabía si ella estaba viva o no.

Mara hizo una pausa, mientras una nueva oleada de lágrimas amenazaba con desbordarla. En lugar de permitirlo, se inclinó, y presionó sus labios contra la pequeña y suave frente de la niña.

—Lo logramos, bebé. Gracias a la Fuerza.

Después de un momento prolongado, levantó la mirada en dirección a Luke.

—¿Cómo vamos a llamarla?

—Bueno —Luke se revolvió, algo incómodo—. No teníamos forma de saber cuándo ibas a despertar, así que Leia insistió en que la bebé debería tener un nombre.

Luke se inclinó hacia adelante, y le alborotó el cabello a su mujer con una mano.

—La llamé Miriam. Significa «niña anhelada». Pero podemos cambiarlo, o añadirle algo, si gustas.

—No —ella sonrió, al tiempo que cinco diminutos dedos se cerraban alrededor de su pulgar—. Es perfecto.

Ocho meses más tarde

Mara salió de la cocina de su hogar en Yavin, y halló a Luke gateando sobre sus manos y sus rodillas en la sala de estar.

—¿Qué estás haciendo?

Su voz se escuchaba algo atenuada, mientras su marido iba dando vuelta a una de las sillas.

—Le estoy enseñando cómo gatear. Ella está intentando hacerlo… mira.

Con bastante seguridad de su parte, Miriam también se encontraba apoyada sobre sus manos y sus rodillas, meciéndose de atrás para adelante, y dejando oír unas pequeñas y alegres risitas.

Mara se sentó en la tumbona, y levantó los pies para apartarlos del camino de ambos, sonriéndole a su familia.

Una fracción de la luz del sol se coló entre los árboles que había en las afueras de su casa, jugueteando cálidamente sobre el piso. Ella se quedó contemplando aquel haz, hipnotizada por las interacciones entre luz y sombra. De manera sorprendente, la luz no llegaba a extinguirse por completo, sin importar cuán prolongadas fueran las sombras que hacían su aparición.

De hecho, eran las mismas sombras las que hacían que la luz pareciera ser tan hermosa.